

Los avatares del Yo en función del Duelo o la Melancolía**

GUSTAVO FUENTES FUENTES*

“La sombra del objeto cayó sobre el Yo”. Citada hasta el cansancio, la frase de Freud puede perder su potencia y eficacia, en la insistencia que la enuncia en la repetición estéril de la teoría. ¿Que pasará si abro la frase de Freud para permitir emerger la singularidad? Antes de abrir esa puerta, me parece importante situar algunas cosas teóricas en relación con el duelo y la melancolía, muy breves en realidad. Desde la ocurrencia al hacer este escrito, y sirviéndome de la experiencia de mi lugar de analista, las cosas tienen la siguiente sustancia.

El duelo es un trabajo. Una fuerza que dolorosamente hace al sujeto movilizarse al enfrentar lo irremediable de una pérdida. Si Freud lo ubica bajo la figura del esfuerzo, Lacan focaliza su entrada ante la pérdida del Yo ideal¹. El esfuerzo apunta directo al sujeto en dos niveles: el primero en función de llegar a ser como ese ideal, mientras que el segundo es del orden del tener, de llegar a tener un objeto como aquel. En ambas, el Yo está en movimiento. Eso que somos y que nos constituye desde

¹ “Uno de los puntos de referencia que se destacan en la obra de Freud es la identificación que se encuentra esencialmente al principio del duelo. Por ejemplo: ¿cómo *a*, objeto de la identificación, es también *a*, objeto del amor? En la medida que arranca metafóricamente al amante para emplear el término medieval y tradicional del estatuto bajo el cual se presenta, el de amable, *erómenos*, para convertirlo en *erastés* —sujeto de la falta—, aquello por lo que se constituye en el sujeto del amor. Es lo que le da, por así decir, el instrumento del amor, en la medida en que se ama, que se es amante, con lo que no se tiene”. LACAN, Jacques (2015). “Sesión del 23 de enero de 1963”. En *El Seminario. Libro 10. La Angustia*, p. 131. Paidós: Buenos Aires.

*Gustavo Fuentes Fuentes
Psicoanalista titular de la
Asociación Psicoanalítica
de Guadalajara.

aoegustavo@hotmail.com

**“A 101 años de Duelo y Melancolía, reflexiones y diálogos”. Actividad organizada por Vía Regia al Psicoanálisis, 26 de mayo de 2018. Monterrey, Nuevo León.



el movimiento de una satisfacción. Imagen y cuerpo se anudan en un estado de indefensión. Una vez que nos ponemos en marcha, la batería de imágenes adquiridas se convierte en nuestra guía, comandadas por la de mayor potencia, la del ideal.

Por su parte, la melancolía da cuenta de lo que le ocurre al Yo. En el duelo, el Yo queda ligado a una fuerza de trabajo organizada por las coordenadas de eso que se quiere llegar a ser, o eso que se quiere tener. En la melancolía, el Yo queda alterado por una energía psíquica que no se despliega hacia el exterior, atrapado en un ideal inalcanzable y que obliga al sujeto a realizar un desprecio sistemático de cualquier actividad que no le garantice el acceso a ese ideal. Al no haber garantías, no existe un camino que conduzca al ideal, y todo lo que no sea ideal es menospreciado, y el menosprecio comienza con el Yo.

Con relación al tener, también se apunta en la dirección del Yo ideal, y como nada de lo que se tiene es el ideal, de la misma manera todo es intrascendente, iniciando otra vez con el Yo, que es despreciable por no tener o poseer el ideal.

Me queda claro que no transmito nada de una experiencia si continúo por la senda de la repetición de la teoría. Abro la puerta a la singularidad para que tome la palabra con la ocurrencia de mi escrito.

Tengo treinta años, estoy harto de estar hablando de mi mamá. Vivo con ella, me mantiene, yo veo por sus cosas. Por una cosa de orgullo, digo que ella depende de mí, pero de lo que no me doy cuenta es que yo soy el que dependo completamente de ella. Cuando yo quiero hacer lo mío, pienso que ella va a decir que eso no está bien o que eso no sirve.

Todos los días me repito que mi vida sería diferente si yo hubiera alcanzado ese ideal que tengo en la vida, pero el tiempo y mis facultades se han encargado de hacerme saber que no lo alcanzaré: ser piloto aviador. Sin embargo, es un saber que, en alguna parte de mí, yo rechazo. Ese ideal, que no será para mí, convierte de facto a toda actividad presente en algo somero, nimio; esa nimiedad, comienza en mí mismo. Es un juego que ustedes los analistas llaman autoerotismo, con la pieza faltante del sí mismo².

Concluí una ingeniería, sin embargo, no he conseguido un trabajo digno de mí, a mi altura. Cuando he decidido salir a buscar un trabajo, he dudado cientos de veces de hacerlo, no quiero llevar mi currículum por temor al rechazo porque pienso que ellos son como yo, que buscan al ideal para su puesto; y si no es el ideal, entonces nada ni nadie. No voy, porque en automático surge la certeza de que no soy lo que esperan encontrar, al ideal. El ideal es el que vale. Yo, el despreciable o el despreciado. Para que el Yo valga, tiene que estar unido al ideal, por eso yo sigo junto a mi mamá. Pero me resulta insoportable, porque no soy ella. Operación imposible, esa de estar unido al ideal. Hoy veo que siempre fue un lugar inexistente.

Me quiero comprar una moto, pero no cualquiera, una Harley. A veces se me olvida que no produzco dinero, de todas formas, ninguna moto vale para mí, sólo

² "Antes del estadio del espejo, lo que será *i(a)* se encuentra en el desorden de los *a* minúscula que todavía no es cuestión de tenerlos o no tenerlos. Éste es el verdadero sentido, el sentido más profundo a darle al término *autoerotismo* —le falta a uno el sí mismo, por así decir, por completo—. No es el mundo exterior el que le falta a uno, como se suele decir impropiamente, sino uno mismo". LACAN, Jacques. *Op. cit.*, p. 132.



la Harley. Todo en mí es indigno, eso es lo que aprendí de la convivencia con mi mamá. Hoy se queja de que no me baño, de que me levanto todos los días después de la una de la tarde y que a mi cuarto no puede entrar porque el olor le resulta insoportable. Si yo soy impenetrable para los demás, y no aprendo de nadie porque los considero muy lejos del ideal, lo mismo vale para cualquier producto de limpieza; por eso no me baño, ni ahora que he desarrollado una especie de sarna, pero la dermatóloga ya me dijo que lo mío es un problema en la piel, la piel se me abre. No es por falta de higiene.

—Mi mamá quiere hablar contigo.

—Ya llegué—, dice ella. —¿Qué tiene mi hijo, doctor? ¿Por qué no se le quita eso que lo tiene detenido en la vida? Ya le dije que haga como yo. Yo estoy preocupada, doctor. ¿Qué va a hacer él cuando yo no esté? Eso es lo que me preocupa. Porque mientras yo viva, él estará a mi sombra, yo lo puedo cubrir, también para eso sirven las sombras. No para aplastar, como dice Freud. Yo, doctor, soy el ideal. Yo le digo cómo hacer las cosas, pero él no me hace caso; ya me tiene harta, a la edad que tiene y no ha hecho nada, ni pensar en una mujer. Pero es cierto, yo soy esa sombra que ha caído sobre mi hijo, él no es nada. Él está para cuidar mi casa, para llevarme a donde voy, no hay tiempo ni lugar para lo de él.

—Doctor, ¿se le va a quitar a mi hijo eso que tiene? ¿Y qué tiene? Me tiene a mí, doctor. Me tiene en cada una de las ideas donde aparece eso que él quiere llegar a ser o tener. Pero eso no puede ser, porque eso soy yo, y él no me puede tener, y yo soy el ideal. Ese que opaca y quita brillo a todo lo demás. Ya lo ha es-

cuchado, doctor, se la pasa diciendo que su vida es gris, y que ha perdido impulso, la chispa, que se siente apagado y no sé que tantas cosas. Pero lo que no entendí, doctor, es que hace muchos años, cuando él era niño, yo me tenía que separar de él, que eso es una ley. La ley de que yo no soy todo para él. “Ley del padre”, la llaman ustedes, pero ya le hemos dicho que él se murió hace como tres años. Pero lo que nunca ha existido en mí es lo que ahora veo, pero creo que ya es tarde. Que yo no soy suficiente para que él pueda estar en el mundo. Eso es parte de eso que ustedes llaman “interdicción”, y que no sólo es prohibición porque él no se mete conmigo, pero al mismo tiempo no se mete con nadie. La interdicción también es la introducción de la diferencia que genera por resultado la hospitalidad³, de qué manera se va a estar en el mundo, pero ya estoy hablando como ustedes, doctor, y yo no vine aquí a hacer teoría. Yo vengo a ver qué va a pasar con mi hijo, porque hasta ahora me entró la preocupación de cómo se va a insertar en el mundo.

—Ya llegó mi hijo, doctor, creo que le quiere decir algo, mejor que él hable—. Con su anuencia, él toma la palabra.

—De pronto tuve una idea. Pero no la quiero contar. Tengo desconfianza de que, si la cuento, se me va a cebar. Pero

³ “Ciertamente es que la interdicción es un efecto de la ley del padre, en lo que tiene de regulación pulsional, pero lo más específico y originario es que esa ley, como ley de la hospitalidad y de la transmisión, es el lugar de inscripción de la diferencia. No es que venga a prohibir una cierta adicción del hijo a su madre o viceversa, sino que no hay madre e hijo, ese ejercicio libidinal del deseo, sin la ley del padre, sin la inscripción de la diferencia sexual y generacional”. PEREÑA, Francisco. *De la violencia a la crueldad. Ensayo sobre la interpretación, el padre y la mujer*. Síntesis: España, pp. 110-111.



ya decidí, después de muchos intentos de guardarla sólo para mí; pensé que sí te la voy a expresar. Pero a mi mamá no se la voy a exponer, esperaré a que no esté para podértela contar; se me olvida que siempre está. No se la quiero contar porque, como no es de ella, no vale, y eso que no es ella, soy yo, el que no cuenta ni vale. Como cuando conseguí un trabajo temporal en el INE, y ya escuchaste el comentario de mi mamá, que no es un decir que abra un enigma, es una pregunta que ya tiene la marca de su descalificación: “¿Hay gente que trabaje en eso?”. Son de las cosas que me confunden porque ella participa activamente en un partido político. Trabaja para esperar el resultado de las elecciones, saber quién ganó; eso lo dice el instituto que regula las elecciones, que determina y dictamina quién gana una elección, la ley electoral. Ella ya no escuchó eso. Sólo es ley su palabra y tienen valor sus acciones.

—Voy a estudiar otra carrera. Algo administrativo. Ya hice el examen de admisión. No quiero ver el resultado, ya los publicaron. Es otra vez la certeza de que no me van a aceptar. Es un tema que ya no quiero hablar, ya no había venido porque se me volvió a abrir la piel, y no me podía ni levantar de la cama, todo esto del examen me ha puesto muy nervioso, no puedo dormir.

—Hace unas semanas te dije de mi examen de admisión. Hoy tengo dos noticias, una buena y otra mala. Sí aprobé el examen, fui de los aceptados. La mala es que no quedé inscrito porque como yo no vi el resultado a tiempo, las inscripciones ya pasaron. Y no puedo hacer el examen de segunda vuelta porque ese es para los rechazados, y yo no soy rechazado. ¿Qué soy yo? No rechazado, no inscrito. ¿Cuándo y dónde me tenía que inscribir a la vida?—.

Si *forclusión* es el concepto que Lacan incluye para pensar la tragedia de las psicosis, las experiencias vividas por este hombre, a sus más de treinta años, me dejan una muestra clara de su forma de operar en la atemporalidad de su vida psíquica; la tragedia se consume con el contraste de la temporalidad de su cuerpo. Sus intentos por inscribirse en lo social hacen jugar la certeza que lo marca de por vida: no quedó inscrito como hijo, como hombre para el mundo en la psique de la madre.

Por otro lado, si el Yo queda inmóvil y eclipsado en la sombra del objeto, en el duelo el Yo queda inserto en esa fuerza de trabajo en la que Freud ubica el *drang* de la pulsión. Didi-Huberman menciona que, en el duelo, el mundo se pone en movimiento. Acción dirigida a la recuperación de algo perdido en otra cosa que nunca será esa imagen de lo que se perdió. La pérdida es del orden de lo consciente, se sabe que se perdió, al mismo tiempo que se asume el hueco de su ausencia, y se genera la fuerza para intentar llenar de algún modo la pérdida.

“Nunca pensé que mi mamá moriría” enuncia una analizante recién comenzado su análisis. La muerte de la madre le permite comenzar a hablar. Durante cinco décadas, su vida consistió en responder a lo que ella hizo del discurso de su madre, una demanda. “Ayer me costó mucho trabajo levantarme para venir, todos me preguntan que a dónde voy —en un día festivo—; si hoy no se trabaja, mejor me quedé en mi casa”.

Después de tres meses del fallecimiento de su madre, regresa a trabajar. Al desaparecer la madre, prioridad en todo momento, el trabajo del duelo la lleva a



asumir ese lugar que antes estaba depositado en el objeto. El objeto desaparece y la libido regresa al Yo. Al no tener al objeto a donde había estado dirigida, se reorganiza en el Yo desde el trabajo de elaboración del duelo, que se despliega en asumir la pérdida, y en el trabajo de este nuevo lugar psíquico donde el Yo se vuelve el centro de atención. Freud planteaba que una de las tareas en el análisis era llamar la atención del Yo. Aquí, es a partir de la pérdida lo que desencadena la entrada en el duelo, suspendido en el tiempo, y condensado en la frase "Nunca pensé que mi mamá moriría". ¿Por qué pensó eso? ¿La omnipotencia jugó a favor de la no aceptación de la castración del Otro? Angustia de mayor calibre, en comparación a la castración propia.

Las llamadas de atención al Yo pueden tardar en llegar. El Yo puede ser medio lento y medio ciego, pero una vez que se permite ser atravesado con menos represión por sus propias fantasías, ligadas a otros momentos y asociadas con el tiempo presente, la categoría de atemporal del inconsciente adquiere todo su valor.

Cuatro años después de iniciado su análisis, la misma analizante habla de una fantasía que registra por primera vez frente al féretro de su madre: "Mi mamá siempre me decía: 'Quédate con tu dinero, a ver si te sirve'. Esto sucedía cada vez que yo le reclamaba que por qué lo que yo le daba de dinero se lo

daba a mis hermanos, si además yo les ayudaba frecuentemente a resolver sus necesidades cotidianas, útiles escolares de cuando mis sobrinos eran niños o si mis cuñadas se enfermaban". El día del funeral, frente a su cuerpo, pensaba: "A ver si me sirve. ¿Qué voy a hacer con mi dinero?".

Cuatro años antes, en las primeras sesiones tiene un olvido; en aquel momento pagaba sesión por sesión. Termina la sesión, sale del consultorio y no paga. Regresa al instante y dice que se le olvida pagar, agregando: "Qué bien, ¿no?, yo pensando en mis intereses". Y yo sólo digo: "De eso se trata aquí". Ella voltea y me ve con una cara de extrañeza e incompreensión. Asombro y confusión son las vías que le han permitido poner a su mundo en movimiento.

"Pareciera que, a partir de mi pérdida —dice la analizante—, he comenzado un recorrido que era impensable para eso que ustedes llaman 'Yo'. Llevo seis años viniendo aquí para hablar de eso que mi madre nunca pensó para mí. Su presencia impedía que yo me ocupara de mí. Con su muerte física me he dado cuenta de que yo estoy aquí en el mundo. Y que no me gusta el lugar que yo tenía junto a ella. Ella era todo para mí, pero no es yo; y eso, no sabes, me duele mucho, hasta que el llanto me lo permitió, comencé a saber que existo yo".